

Somos Vicencianos

Una web de **formación** e información sobre san Vicente de Paúl, santa Luisa de Marillac y la obra vicenciana en el mundo, ayer, hoy y mañana.

6º Domingo de T. O. (reflexión de Rosalino Dizon Reyes)

Seguid mi ejemplo, como yo sigo el de Cristo (1 Cor 11, 1)



Jesús soporta nuestros sufrimientos y aguanta nuestros dolores. Sus verdaderos discípulos siguen su ejemplo.

Ante él se presenta un leproso, despreciando la ignominia de que posiblemente otros le manden simplemente: «¡Vete de aquí!». Le suplica con **humildad** y **confianza**: «Si quieres, puedes limpiarme».

Movido a compasión, extiende Jesús la mano y, sin preocupación de que se vuelva impuro él mismo, toca al intocable. Afirma luego su deseo y pronuncia las palabras sanadoras.

Pero Jesús no quiere solo la integración personal del que vive en las periferias, sino también su reintegración social. Lo despide en seguida, encargándole que cumpla con lo mandado por la ley. Es urgente que el sanado consiga de la **autoridad** competente la certificación de su purificación y no siga aislado.

No hay que perder ni unos momentos hablando al público. No le interesa a Jesús, de todos modos, que se divulgue la sanación. Bien sabe que sus conciudadanos fácilmente le confundirán con el mesías de sus expectativas equivocadas: un

conquistador con misión de expulsar a los romanos y liderar la guerra contra religiones y culturas ajenas.

Jesús es el Mesías manso y humilde. Viene a salvar a todos los pueblos. Trasciende nacionalidades, culturas y clases; es todo para todos. Considera reprensible incluso la insinuación de venganza en forma de fuego celestial consumidor. Su misión consiste en dar su vida en rescate por todos. Acogiendo y curando a un paria, el Sanador acaba quedándose en descampado, como para predecir que sufrirá la muerte fuera de la ciudad.

Así que hacia las afueras debemos confluir los cristianos para acudir a Jesús . Si buscamos sinceramente ser sus discípulos, él contagiará misericordia entrañable a nosotros para que logremos ser verdaderos seguidores, dispuestos, como san Pablo, a incluso ser proscritos lejos del Señor por el bien de los demás.

La **Eucaristía** remembra el **amor** abnegado hasta el extremo de Jesús. Muy poco sentido tendrá nuestra celebración si no estamos listos para dejarla por un pobre, para «dejar a **Dios** por **Dios**» (san Vicente de Paúl—ES IX:297). Quedarán sospechosas nuestras limosnas, oraciones y ayunos, no sea que nos portemos como prójimos de los necesitados, dejándoles incomodarnos y detenernos.

Señor Jesús, nos deseas el bien. Infúndenos este mismo amor, para que estemos listos también para hacernos maldición en bien de nuestros prójimos.

Relacionado